



PATRIMONIO UC

Juan Pablo Izquierdo *el dueño de la*

BATAUTA

Por FRANCO FASOLA Fotos RODRIGO LÓPEZ PORCILE

PATRIMONIO UC

Luego de una carrera que lo paseó por todo el mundo dirigiendo a los mejores músicos en respetados escenarios, el maestro Izquierdo recibió el Premio Nacional de Música. Aquí habla de sonidos, vibraciones, sus interminables proyectos, caminatas y de un sistema que se cae a pedazos.

Juan Pablo Izquierdo Fernández (77 años, casado, seis hijos) tiene un aire a Beethoven, mezclado con galán antiguo de Hollywood y experto en física cuántica. Acaba de ganar el Premio Nacional de Música, uniéndose a una lista de eximios como Alfonso Leng, Juan Orrego o Margot Loyola. Pero el director de orquesta chileno más reconocido internacionalmente casi no se da por enterado.

Baja parsimonioso desde su departamento, ubicado en un edificio de estilo francés en Providencia. Aferrado a un maletín lleno de partituras y cronogramas con fechas de conciertos y grabaciones. Dice que todavía no ha tenido tiempo para celebrar.

Izquierdo está feliz. Se nota que el galardón no es ni remotamente una jubilación. Más acti-

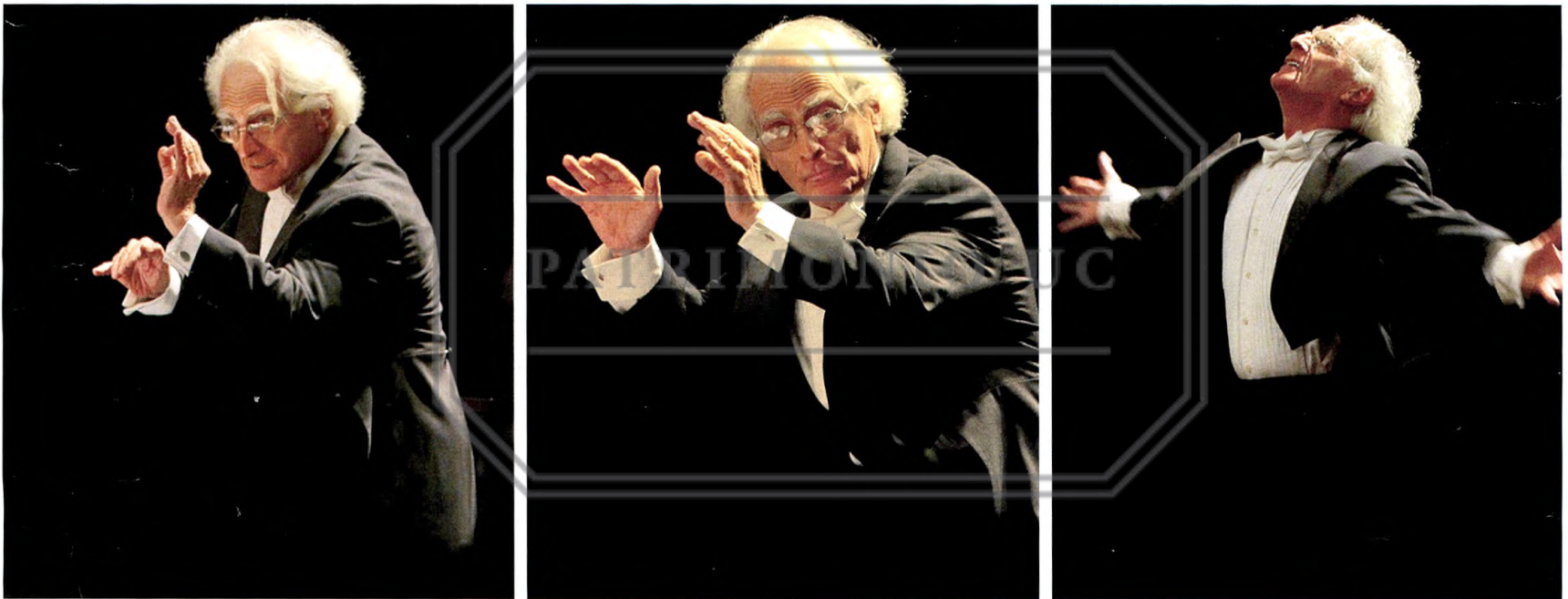
vo que nunca, su mente repasa las partituras de sus próximos conciertos en el Teatro Municipal de Ñuñoa, donde tiene su centro de operaciones la Orquesta de Cámara que dirige y que itenera incansablemente por todo el país. Y en pocos días más entrará a grabar en los estudios del GAM, durante una semana, el primero de 15 discos que tiene pactado con el sello Mode, uno de los más reputados del catálogo docto, junto a 14 músicos chilenos, en un proyecto de la Fundación Beethoven con auspicios del Ministerio de Cultura.

Aunque sobre el escenario parece una fiera desatada, con movimientos recios y la tensión de un felino cazando —él habla de una 'gestica dramática'— en la plaza donde conversamos, sólo sus centelleantes ojos azules nos muestran su pasión por la música y su señora, la teóloga Trinidad Jiménez, a quien le dedicó especialmente el premio.

Su talento natural, más una disciplina que forjó a hierro estudiando con su maestro Hermann Scherchen en Suiza fueron los que moldearon a Izquierdo, lo más cercano que tenemos a un *rock star* de la música clásica, con un grueso currículum: director asistente de Leonard Bernstein en la Filarmónica de Nueva York, Premio Nacional de Música del Ministerio de Cultura de Israel, director principal de la Orquesta Gulbenkian de Lisboa y de la Orquesta Filarmónica de Santiago, por nombrar algo.

Pero Izquierdo, el ciudadano, se dedica simplemente a caminar. "Lo hago desde mi casa en Providencia hasta el Teatro Municipal de Ñuñoa. A veces se hace complicado por el esmog, pero puedo caminar hasta tres horas diarias. Trabajo así, andando y recorriendo en la memoria lo que voy a ensayar. En ese momento uno va descubriendo cosas... Es co-

"A fines de los '50, si uno quería estudiar dirección de orquesta, había que salir. Yo volví a Chile el año '61 después de trabajar con Scherchen. En esa época acá había una vida cultural guiada por la Universidad de Chile y existía una ley de espectáculos que permitió la formación de un ballet nacional, orquesta sinfónica, coros, teatros...



Aunque sobre el escenario parece una fiera desatada, conversando, sólo sus centelleantes ojos azules muestran su pasión por la música.

mo dejar pasar y observar todos los sonidos y pensamientos. El caminar es parte de mi oficio", dice mientras pasa una moto y las risas de unos niños jugando se cuelan en los oídos.

"Me comunico a través de los sonidos, lo que no significa que no pueda hablar también, pero a un nivel interno éstos expresan mejor mi realidad. Mi relación siempre ha sido con el sonido, pero incluyendo el silencio. La música parte del silencio, que es muypreciado".

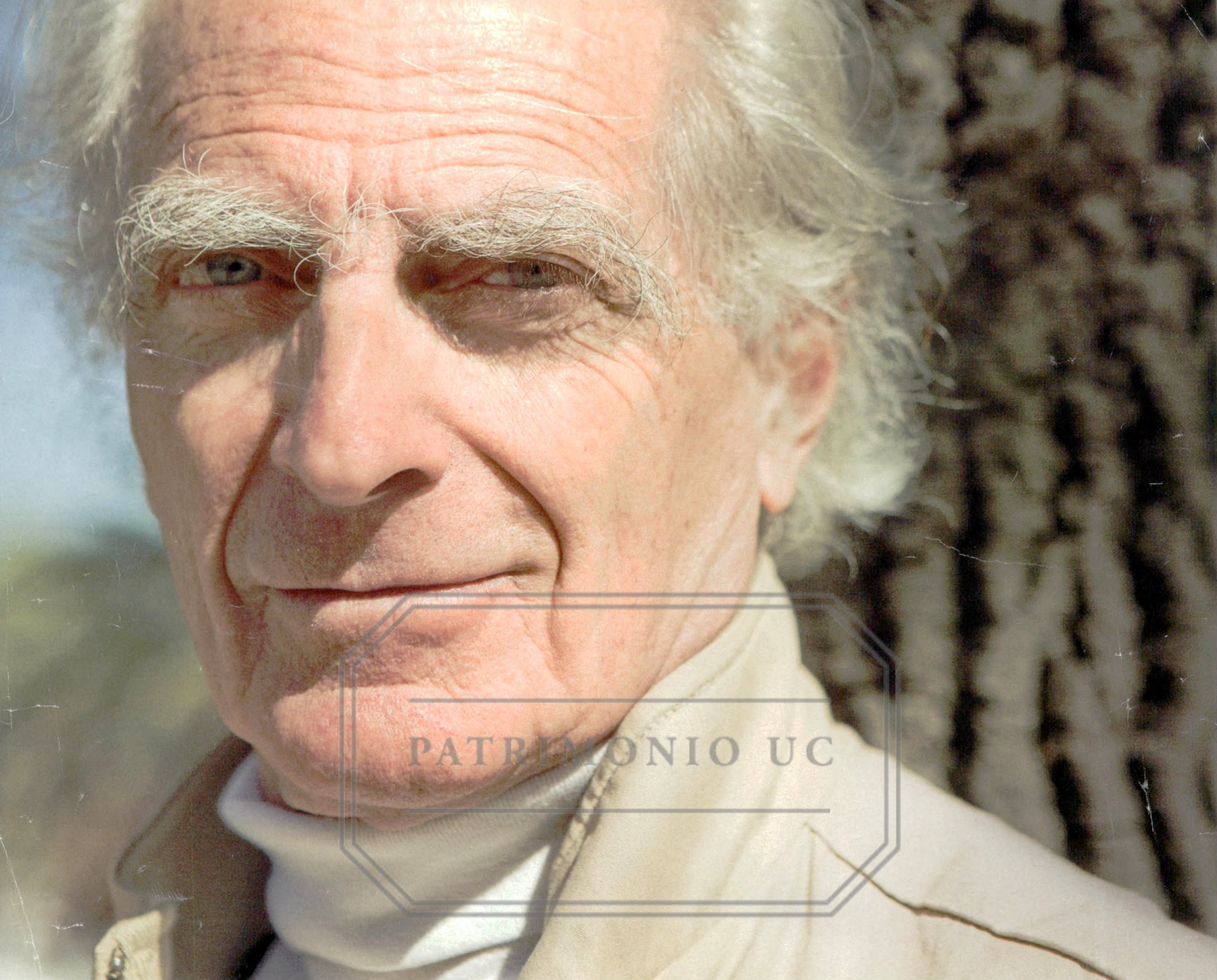
—¿Alguna vez pensó en ser otra cosa que no fuera músico?

—Mi padre pensaba en cómo iba a vivir como músico, que puede ser un problema... Y en realidad lo es. Ellos me dijeron que estudiara otra carrera y escogí arquitectura. Seguí las dos, pero después de tres meses me di cuenta de que mi mente estaba puesta sólo en la música.

Era un panorama muy avanzado, intenso, pero la gente que participaba de eso no eran más de tres mil personas. Esa ley dejó de existir el año '73 y en ese sentido el país ha cambiado mucho".

—Nadie imagina que un director de orquesta como usted sufriera episodios de censura...

—Para el aniversario de Arnold Schönberg durante la dictadura, teníamos programado *El sobreviviente de Varsovia*, que está basada en textos escritos por prisioneros judíos de campos de concentración. De alguna manera hubo un proceso de identificación de lo que hicieron los nazis con lo que estaba pasando. Yo no lo había pensado, no vivía en Chile... tuve un desconcierto total. Hice un autoexilio, siempre pude entrar y salir, pero resolví que no podía vivir en esas condiciones. Más adelante decidí volver para contribuir culturalmente. Reformé la Orquesta



PATRIMONIO UC

Filarmónica... allí estuve siete u ocho años y de nuevo se produjo una censura, el '87. Se consideró que en el *Egmont* de Beethoven, que entrega la vida por la libertad de su pueblo, podía haber algo ofensivo... había que hacerlo en un idioma que no se entendiera y no me quedó otra que realizar el concierto, renunciar y partir otra vez.

—Un desastre...

—Con mi mujer e hijos quedamos en una situación muy difícil... yo tenía todo planificado. Los contratos internacionales se hacen con dos o tres años de anticipación y ya estaba todo tomado. Sin embargo, muchos me ayudaron, entre ellos el maestro Claudio Arrau. El vivía en Estados Unidos. Comprendió de músico a músico, de persona a persona y también como chileno.

—¿Qué piensa de la búsqueda del éxito hoy?

—La sociedad neoliberal ha transformado al mundo. De lo que más se habla es de plata. Por supuesto el dinero es necesario para la vida, pero aquí se ha llegado a evaluar las acciones de acuerdo a lo que producen. Eso es una barbaridad que está cayendo como el muro de Berlín. El éxito artístico también está sobre evaluado. Hay eventos completamente sobrevalorados por la publicidad...

—¿El Festival de Viña, por ejemplo?

—No puedo hablar de forma directa porque no he ido, pero lo que he visto en TV me parece una expresión popular, pero muy postiza. No calza con lo que hay en ese mismo escenario en enero, donde se ven 14 mil personas escuchando música clásica. ¡Eso existe! ¡Una valoración cultural!

—¿A qué melodía le suena el movimiento estudiantil? ¿Una opereta?

—No. Me parece un asunto muy serio e importante de resolver. Se ha producido un distanciamiento muy grande entre la cultura política y la calle. Lo que piden: educación al alcance de todos y de calidad... ¡Bueno, mire, cuando yo estudié en la universidad, pagaba tres mil pesos de matrícula y eso era todo. Y así fue con toda una generación!

—Pero hay muchos políticos de esa época que parece que lo olvidaron.

—Se olvidaron o las doctrinas de Friedman llevaron las cosas hacia un neoliberalismo donde si hay una actividad que no se financia por sí misma, entonces no debe existir. ¡Eso es un disparate, porque si fuera así, no tendríamos ni a Beethoven ni Cervantes o Shakespeare! ¡Hay una desorientación tremenda! En los estudiantes hay una vibración que no ha sido entendida. ■